

B E N I T I A

HISTORIA NATURAL

DEL

A. V. E.

TOMO I

(Animales simbólicos)

IMPRESA SUSO
BURGOS

0100 J-13

111

D G C L

A

(V. 1)

B E N I T I N

HISTORIA NATURAL

DEL

A. V. E.

(Ensayo biológico)



Es una publicación «A. V. E.»

(Burgos, Castilla, Spain)



R. 67520

C.B. 1107430

t. 88206

TOMO I

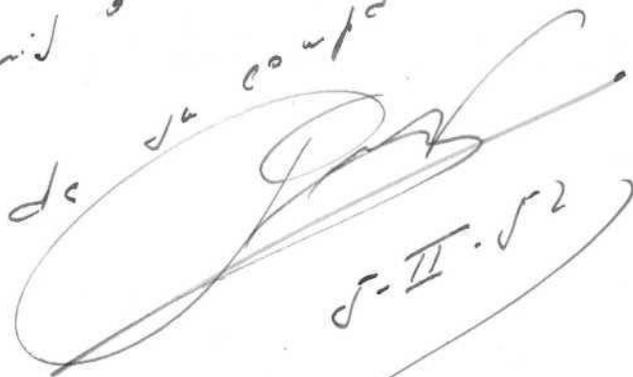
Los animales simbólicos del A. V. E.



«Un *HOMBRE* sin símbolo, es
como un elefante sin colmillos».

(R. TAGORE).

A José María Irujo
Amigo de el "foa" me-
mor de sus obs. con un
abrazo de su compañera.



J. II. 52

*A mis compañeros del A. V. E.,
también simbólicamente.*

EL AUTOR.

A manera de prólogo

Cuando en la primavera de este mismo año se creó en la Cabeza de Castilla el ya famoso A. V. E., sus nueve miembros tuvieron un único pensamiento: su propia educación a través de los viajes y, con ella, la educación de todos sus congéneres.

Por eso a esta Asociación se le bautizó con el nombre del A. V. E., no porque sus componentes fueran unos «pájaros», sino porque su anagrama reflejaba su finalidad: Asociación de Viajes Educativos.

El A. V. E. ha iniciado ya sus viajes y, en ellos, sus miembros han comenzado su educación científica y social en aspectos insospechados de la vida, tales como la cocina, el vivaqueo, la pesca, el deporte y tantos otros. Pero también—¡cómo no!—han aprendido a admirar la fauna y la flora, que tantas enseñanzas encierra.

De ahí la razón de este trabajo, cuyo Primer Tomo damos a la publicidad; el A. V. E. ha descubierto que las viejas «historias naturales» no sirven para nada; están anticuadas, carecen de «alma». Los antiguos tratados de Biología son algo frío y sin temperamento; esto lo ha comprendido el A. V. E. al ponerse en contacto —a veces voluntariamente, otras a la fuerza— con los más variados bichos y hierbas de nuestras tierras.

No basta —hemos dicho— con decir que la rana es un batracio que vive en las aguas dulces, para saber lo que es una rana. Para saber lo que es un animal cualquiera, hay que ahondar más, mucho más; hay que describirlo, humanizándolo; hay que estudiar sus extrañas costumbres, que expresan su manera de ser; hay que proyectar esta idiosincrasia del bicho sobre el pensamiento humano, a través de las leyendas, historias o consejas que sobre el animalito circulan por ahí.

Y esto —la verdadera «biografía» de los animales— es lo que se pretende con este ensayo, cuya redacción me ha sido

encomendada, pero que supone un trabajo colectivo del A. V. E. Porque los interesantes datos que se recogen en las siguientes páginas, han sido suministrados por todos y cada uno de sus miembros.

* * *

Hoy lanzamos a la publicidad el Primer Tomo de esta nuestra «Historia natural», de este nuestro «ensayo biológico» que, a buen seguro, hallará múltiples adeptos que continuarán y superarán con sus conocimientos nuestra obra.

En este Primer Tomo recogemos las descripciones, costumbres y leyendas de varios animales; de los ANIMALES SIMBÓLICOS DEL A. V. E. Desde el HALIPUD al INSPECTOR, pasando por la MARIPOSA, el PICHINCHARRA y tantos otros.

Cada miembro del A. V. E. tiene su símbolo en el reino animal; porque, como dijo muy bien el gran poeta hindú, «un hombre sin símbolo, es como un elefante sin colmillos». Y, ¿qué es un elefante sin colmillos? Pues... ¡un asco, hijo, un asco!

Trocando un viejo refrán castellano se puede decir con exactitud: «Dime qué animal prefieres, y te diré tu manera de pensar»; y así si un señor gordo se entusiasma con una vaca es que sueña con un buen «solomillo»; y si una jovencita admira a los pingüinos, es que añora un novio de frack.

Los animales simbólicos del A. V. E. son NUEVE; como NUEVE son sus miembros; como NUEVE son los números de una sola cifra; como NUEVE son los dedos de la mano de aquel amigo nuestro que perdió el índice de la derecha en un atrampón. ¡NUEVE! ¡Número símbolo, también!!

Y allá van los NUEVE ANIMALES SIMBÓLICOS DEL A. V. E.; uno detrás de otro; en fila india. ¡Vivan!

BENITIN.

Agosto de 1950.

I

EL HALIPUD

Símbolo de D. JUAN JOSE CAMARERO
«El Bana».

EL HALIPUD

(Halipud máximus L).

Descripción.—El *halipud* es un extraño animal del reino de las aves. Tiene patas, tripa y dos cabezas; una de estas dos cabezas, la de allá, carece de pico y lo sustituye por una espiritrompa, parecida a la de las mariposas, pero que se diferencia de la de éstas en que es de «plexi-glass».

El *halipud*, como buen pájaro, está cubierto de pluma; estas plumas tienen un color verde-violeta. Sus patas presentan siete dedos, de los cuales uno es el gordo, otro el pulgar y los demás son índices. En los ejemplares de mucha edad los últimos dedos están atrofiados y sólo presentan dos: el gordo y el otro.

El área de dispersión del *halipud* se extiende desde Sumatra a Java; pero también está citado en la Sierra de la Campiña (Burgos).

Costumbres.—El *halipud*, pese a su aspecto lamentable, es un pájaro inofensivo. Baste, para comprenderlo así, pensar que su régimen alimenticio es el propio de los insectívoros; es decir, que se alimenta de insectos tales como escarabajos, mariposas y pichincharras. En la isla de Java se les cría en cautividad para exterminar las terribles plagas de la langosta (de la langosta que no se come, claro) que asola sus fructíferos campos de chocolate.

El *halipud* no vive en colonias, como los pingüinos por ejemplo, sino que vive en parejas aisladas sobre las altas copas de los árboles, en nidos que fabrica con las alas de las mariposas que captura para su alimentación. Estos nidos, de forma cónica, ofrecen un maravilloso aspecto y, pese a ello, son difícilísimos de localizar, ya que se enclavan en las horquillas más recónditas de las coníferas.

El *halipud* busca a la *halipuda* en el mes de abril, cuando la primavera surge y se altera la sangre de todo bicho viviente. Una vez buscada su pareja, el *halipud* se hincha a

cazar mariposas, comiéndose los cuerpos y llevando sus alas a la hembra para que vaya tejiendo, con una saliba especial que segrega, su maravilloso hogar.

La hembra, una vez fecundada, hace una puesta de cinco o seis huevos, de los cuales suelen salir «hueros» tres o cuatro. Por eso, lo normal, es encontrar los nidos de *halipud* con solamente dos crías, cuando no es una. Humboldt, famoso naturalista holandés, cuenta que encontró, en dos ocasiones, nidos de *halipud* sin crías, pero en los que la hembra seguía empollando unos huevos llenos de extraños gusanos; estos gusanos, como ha descubierto la ciencia, son las larvas de un extraño lepidóptero, que responde al bonito nombre de «*Halipudiensis huevorum* (SC)».

Una vez que los pollos de *halipud* pueden remontar el vuelo, lo remontan; y entonces se pierden en la inmensidad del espacio. Sus costumbres migratorias están siendo objeto de profundos estudios.

La leyenda.—Existen varias y maravillosas leyendas sobre el *halipud*; pero la más significativa y la que refleja la bondad de su carácter de pájaro insectívoro, es una nacida en las espesas selvas de Java. Su protagonista fué un niño a quien los hombres del lugar, por no servir para nada, llamaban «El Bana» (derivado de «banalidad»).

Este niño se perdió un día en los umbríos bosques de la Isla; y cuando le perseguía un tigre feroz y le acechaba un astuto cocodrilo, trepó a un baobad que por allí había. Y en lo alto del baobad se acomodó en un nido de alas de mariposas. ¡Era un nido de *halipudes*!

El tigre y el cocodrilo se apostaron al pie del árbol y allí estuvieron durante siete lunas; mientras tanto, el niño Bana se hizo íntimo amigo de las dos crías de *halipud* y las enseñó a jugar al pocker. Pero como al niño «jabato» (era de Java) no le gustaban las mariposas ni los pichincharras, se fué quedando muy delgado y un día perdió el conocimiento.

Entonces, el *halipud* y la *halipuda*, lo cogieron con sus espiritrompas, rodeando suavemente su cintura, y lo llevaron a casa de sus padres, que ya lloraban su muerte y habían puesto en el cementerio del pueblo una lápida que rezaba:

R. I. P. Los padres quedaron entusiasmados del gesto de aquellas aves y les regalaron tres sacos llenos de escarabajos verdes y sabrosos.

«El Bana» creció fuerte y feliz; y mató, años después, al tigre y al cocodrilo. Pero no tuvo más remedio que admitir en su casa a los dos *halipudes* crías, que le ganaron al pocker todas las tierras que le habían legado sus mayores. Desde entonces, «El Bana», para poder atender a su sustento, se dedica a la cocina, con variable éxito.



II

LA TRUCHA

Símbolo de D. JAIME REBOLLEDO

«El Fanfa».

LA TRUCHA

(*Salmo trutta* HP).

Descripción.—Como todo el mundo sabe, la *trucha*, voraz habitante de nuestros ríos y de los de ustedes, es un pez. Pero lo que ya no sabe todo el mundo es que, pese a la opinión de algunos biólogos, la *trucha* es un ciprínido.

Considerada como pez, puede decirse, sin temor a equivocaciones, que la *trucha* es un pez gordo, sobre todo si se la compara con el *barbo*, con el *cacho*, o con la *cucaracha* (que, aunque no sea pez, también es pequeña y difícil de pescar).

La *trucha* tiene cabeza, cuerpo, cola y aletas; entre éstas últimas merece destacarse la llamada «caudal», que es la que más vale de todas. La *trucha* tiene, también, un señor que no la deja vivir y que se llama «el *Fanfa*».

El área de dispersión de la *trucha* es universal; se conoce desde la Siberia hasta la Tierra del Fuego, y desde Alaska (Estrecho de Bering, a la derecha, según se va al Polo Norte) hasta otra vez la Siberia (el mismo Estrecho, pero a la izquierda), pasando por Islandia). En nuestra Patria es huésped de casi todos nuestros ríos, aunque no se la conoce en Los Vados.

En Ceilán se da una variedad de *trucha* salada, mucho más grande, que los nativos llaman «tiburón».

Costumbres.—Las costumbres de la *trucha* son un tanto aburridas.

Nace de un huevo muy pequeño y se pasa los primeros años de su vida comiendo porquerías y no haciendo más que crecer y crecer; cuando se hace mayor que un «barbo» es cuando siente, por primera vez, la llamada del amor. Entonces, si es hembra, busca al *trucho*.

La *trucha*, en estas cosas de machos y hembras, es terribilísima. Se enamora como un burro y se conocen casos (citados por Pérez, pescador biólogo del Cinca), de *truchas* muertas de mal de amores. Pero estos casos no son corrien-

tes, aunque sí lo del cariño apasionado; recordamos, al efecto, la conocida frase de «te quiero mucho, como la *trucha* al *trucho*».

La *trucha*, una vez emparejada, se dedica a poner huevos a troche y moche, pero sin orden ni concierto. Por eso las *truchas* pequeñas («alevines»), nacen un tanto abandonadas y mueren en abundancia; las estadísticas de la piscifactoría de Boston (la más científica del Universo), aseguran que tales alevines de *trucha* mueren en una proporción que se aproxima al 87 por 100.

Existen muchas clases de *trucha*; desde la «Arco iris» («Salmo irudeo») hasta la «bigotuda» («Salmo bigotorum») que se cría en las aguas pro celosas del Missisipí. Pero la nota característica de todas las especies es su voracidad; nota característica de que se valen los pescadores para cogerlas ya que «pican» a los más extraños y estúpidos engaños, tales como lombrices, cucharillas, o devones.

Otra de las características de la *trucha* es lo buena que está friéndola con manteca de cerdo.

La leyenda.—Sobre las *truchas* se ha escrito poco en plan de literatura; casi todo lo que se ha impreso sobre tan gracioso animal ha sido en el orden científico.

Sin embargo, buscando aquí y allá, en viejos manuscritos e incunables, hemos podido recoger tres o cuatro historias de las que, transcribimos a título de ejemplo, una de ellas; la que ha dado origen a la famosa frase: «¡Jolín! Qué *trucha* estás hecho».

La cosa le ocurrió a ese hombre, a que aludimos antes, y que se llamaba «el *Fanfa*»; y el suceso tuvo lugar en Truchiwall-City (Mineápolis), «El *Fanfa*», que ha sido y es el mejor pescador de *trucha* del mundo, salió un día a pescar; y llevó consigo su caña de lanzar, su cesta con agujero, y su caja de cucharillas.

Nada más lanzar la caña atrapó un hermoso ejemplar de peso superior al kilogramo y, sin «esnucarle», como él suele hacer, lo metió en la cesta. Poco después perdió la cucharilla, al quedar trabada en una piedra de un profundo pozo, y al tratar de sustituírla por otra notó que, en la cesta, no estaba

ni la caja de cucharillas de repuesto (que allí había colocado), ni la *trucha* de kilo.

El pensó —como ha confesado después en un interesante artículo publicado en «The Pescador-man», de Massachusetts— que la *trucha* la había perdido en algún brusco movimiento que hizo abrir la cesta, y que la caja de cucharillas la había olvidado en su casa. Pero cuando volvió al «home» no encontró la caja, lo que le escamó muchísimo.

Pocos días después, en el mismo pozo en que había enganchado aquel ejemplar, vió a la *trucha* nadar suavemente a flor de agua y... ¡con la caja de las cucharillas debajo de la aleta! Y, dándose cuenta del caso, «el *Fanfa*» intentó pescarla; pero no lo consiguió, pues el ciprínido, cada vez que veía junto a sí el anzuelo, se sonreía como diciendo...

Entonces fué cuando «el *Fanfa*», dijo aquello de «¡Jolín! ¡Qué *trucha* estás hecholl!» Y esta frase, que repitió en la cantina del pueblo, se hizo en seguida famosa.

La *trucha* de esta historia murió, de muerte natural, a los cinco kilos y trescientos gramos de edad; porque la edad de las *truchas* se cuenta por gramos.



III

EL ARRENDAJO

Símbolo de D. RUFINO HERNANDO
«El Tuiti».

EL ARREDAJO

(*Garrulus Glandarius* L).

Descripción.—Ni que decir tiene que el *arrendajo* es un pájaro; es decir, un miembro de la gran familia de las aves. Pero, dentro del amplio grupo de los pajaroides, es difícil de clasificar, ya que ni es insectívoro a secas, ni carnívoro a secas, ni tampoco frugívoro a secas. El *arrendajo*, lo mismo que el *hombre*, come de todo lo que le echen; desde la carne (las crías de gorrión, por ejemplo, son uno de sus manjares predilectos) hasta el trigo (no panificable), pasando por asquerosos insectos como los escarabajos peloteros y las libélulas. Este régimen alimenticio del *arrendajo* constituye su nota más característica.

La otra nota característica de este singular animalito es el colorido de su plumaje; su pluma es negra en algunas partes, gris en otras y en parte de las alas (en las cobertoras de las primeras rémiges) presenta una coloración extraña listada de azul. Estas últimas plumas son muy codiciadas por los cazadores, para ornar, con ellas, las cintas de sus sombreros.

La envergadura (distancia entre punta y punta de las alas, cuando están extendidas) es, en el *arrendajo*, de unos cincuenta centímetros, mal contados. Y su área de dispersión es amplia, ya que se encuentra en todos los bosques de la Europa Occidental, Norte de África y Arabia Saudita. También está citado, aunque menos, en algunos lugares del Canadá.

El *arrendajo* es pájaro fijo; o sea, que no emigra.

Costumbres.—La vida del *arrendajo* es, por demás, absurda. Madruga más que ningún otro pájaro y a eso de las cuatro y media de la madrugada ya está venga a moverse y a gritar como un borracho cualquiera.

Los gritos que mete el *arrendajo* son curiosísimos, ya que imitan los de otras aves, tales como la perdiz. Claro es que estas imitaciones las lleva a cabo para vengarse de los caza-

dores que pretenden, a todo trance, «casarle», para poner en sus sombreros las plumas esas cobertoras de las primeras rémiges, que tienen listas azules.

Así, imitando a la perdiz, por ejemplo, hace el *arrendajo* caminar a los cazadores kilómetros y kilómetros; los tales cazadores terminan rendidos y muy moscas porque no se explican cómo una perdiz puede posarse en la copa de un pino. Luego —cuando están en el café con sus amigos— cuentan que han oído cantar una perdiz en lo alto de un árbol; y, como no lo cree nadie, dicen los amigos de los cazadores que éstos no hacen más que meter «bolas». ¡Terrible venganza de un pájaro tan singular!

El *arrendajo*, como todo pájaro viviente, se empareja en la primavera con la *arrendaja*; pero el macho de esta especie es muy «pajariego» y suele poner nido a dos o tres *arrendajas* al mismo tiempo. Las *arrendajas*, que se ha comprobado son muy celosas, arman unos líos enormes por las mañanas; y el alboroto que organizan se llama «cuchichiar».

Cada puesta de *arrendaja* es de seis a ocho huevos; y salen todos. Por eso se trata de una especie muy abundante.

La leyenda.—Sentimos muchísimo tener que confesar que no conocemos ninguna historia del *arrendajo*; y ello es debido a que este animal es muy reciente. No es como el caballo, por ejemplo, que ya se conocía en tiempo de los romanos.

El *arrendajo* (pese a la opinión de Lineo, que le bautizó con el bonito nombre de *Garrullus Glandarius*) no surge hasta el siglo xvii (D. J. C.) y su origen se debe a un cruce casual de paloma y gorrión. Por eso su tamaño es intermedio entre el de las dos aves últimamente citadas.

A título de curiosidad podíamos describir cómo no se caza el *arrendajo* en los bosques de pinos de Quintanar de la Sierra. Pero no lo hacemos porque ello escapa del ámbito de nuestro trabajo que, como ustedes saben, no es otro que el de hacer un ensayo biológico de una Historia Natural nueva.

IV

LA MARIPOSA

Símbolo de D. PEDRO ALFARO
«Benitín».

(10) 417 - 1900 - 12 - 10 - 1900

1900

LA MARIPOSA

Descripción.—Hemos de aclarar, en primer lugar, el porqué de no haber puesto (como hemos hecho en otras especies) nada, entre paréntesis) después de nombrar al bicho que ahora vamos a describir. La razón es sencilla y creemos no habrá escapado a la suave sensibilidad de nuestros lectores: no hemos podido poner nada, porque la *mariposa* no es una especie como el *halipud* o la *pichincharra*, sino todo un grupo de los *insectos*. Ese grupo de las *mariposas* lleva el bonito nombre de *lepidópterae* (la «A» y la «E» debían estar juntas, como mandan los latinos, pero no tenemos «tipo» para ello), que viene de *lepidó* (escama) y «*terae*» (ala). Es decir, que las *mariposas* son unos animales que tienen las alas escamadas, como es verdad, según se las mira con el microscopio.

Aparte de sus alas escamadas, la *mariposa* tiene cabeza, cuerpo y tripa; a más de seis patas, tres a la derecha y otras tres a la izquierda. La cabeza se compone de cráneo, cuernos, ojos y una cosa que la sale de la boca en forma de cuerda de reloj y que, los técnicos en la materia, llaman spiritrompa. Esta spiritrompa constituye su aparato bucal chupador; con él succiona el jugo de las flores en la misma forma que nosotros nos sorbemos una horchata.

Claro es que los técnicos prenombrados llaman, también, «tórax» al cuerpo, «antenas» a los cuernos y «abdómen» a la tripa; pero no hay que hacerlos demasiado caso, pues esas cosas las dicen para presumir.

Existen muchos géneros y especies de *mariposas*, pero se las puede clasificar en dos grandes grupos: de cuerpo gordo y de cuerpo delgado. Las primeras suelen volar de noche y posarse cerca de las bombillas que hay en las estaciones de la R. E. N. F. E.; las otras vuelan de día en derredor de los cardos y de las flores.

Como detalle curioso señalamos una *mariposa* de la In-

día y que se llama «Kalima», que posee el don maravilloso del disimulo (mimetismo) ya que, posada, imita perfectamente la hoja de su planta alimenticia.

La *mariposa* es universal, hasta el punto de que el célebre Nietzsche escribió, en su «Quijote de Avellaneda», aquello de que «un jardín sin mariposas, es como un veraneo sin Kodak». La frase se hizo rápidamente famosa; la «Casa Kodak» al crearse, lustros después, lo adoptó como lema, publicando unos anuncios con una señorita muy mona vestida de jugador del Torrelavega.

Costumbres.—Si absurdas son las costumbres del *arrendajo*, no digamos nada de las de la *mariposa*. Bastaría con decir que, cuando sale del huevo, no tiene alas ni spiritrompa y parece un gusano; entonces no se llama *mariposa* sino *oruga* o *larva*.

Más tarde, y después de hincharse a comer hojas, se queda como momificada en un estado especial que atiende por «crisalida»; y luego va y rompe la cáscara de la momia, haciéndose *mariposa* (o *imago* como, sin saber porqué, dicen los técnicos).

Una vez que es *imago* empieza a volar, busca al *mariposo* y alegremente —como sin darlo importancia— se deja fecundar. Entonces pone huevos por todas partes y se muere. ¡De risa!

Otra de las más absurdas costumbres de estos bichos es el dejarse coger por unos hombres que se llaman Don Entomólogo, y que se diferencian de los demás en que llevan un palo con un velo en la punta. Estos hombres las pinchan en un alfiler y luego las meten juntas en unas cajas con tapas de cristal. Y... ¡viva!

La leyenda.—¿Cómo elegir una sola, entre tantas leyendas que circulan por ahí sobre las *mariposas*? ¡Eh! ¡¡Qué me dice usted, hombre?

Pues bien, sin embargo, eliminando las más conocidas, vamos a recoger aquella que consideramos de un más alto interés, no sólo en el orden científico, sino también en el moral ya que encierra una sabrosa moraleja; aquella de que «se debe obedecer a los padres porque, a lo mejor, tienen razón».

Esta «conseja», ya que de tal puede tildarse, se narra en los pueblos de Extremadura, próximos a la «raya» de Portugal, porque en ellos vuela, con mayor abundancia, un nocturno Sphingido (género de *lepidopterae*), que responde al tenebroso nombre de «Acherontia Atropos» o «Cabeza de muerto».

La «Cabeza de muerto», llamada así porque lleva dibujado en el cuerpo (tórax) una calavera humana y en la tripa (abdomen) un esqueleto idem, era antes una *mariposa* de las delgadas (de las que vuelan de día entre los cardos y las flores) y se engalanaba con unas alas monísimas amarillas y azules. Era la *mariposa* más bonita de la península Ibérica y los niños se embelesaban contemplándola y hasta la regalaban pirulíes, que a las *mariposas* las «pirran».

Pero una vez, una de estas *mariposas*, que entonces se llamaban «Cielo de Abril» y no «Cabeza de muerto», salió desobediente desde su crisálida, y desoyendo a sus padres —que siempre la decían: ¡Chupa flores, hija nuestra, chupa flores!—, empezó a comer carne; primero fué un grillo, luego una rana, y más tarde un ratón.

La *mariposa* aquella empezó a tomar cariño a la carne podrida (porque el grillo, la rana y el ratón estaban muertos y carroños) debido a que, aunque perdía color en sus alas, crecía mucho. Hasta que un día...

Un día encontró la *mariposa*, entre las amarillas flores de un prado, el cuerpo muerto de un hombre (luego se descubrió que era un contrabandista cogido en el «matute») y, sin pensarlo más, y sin oír los consejos de sus viejos padres (¡«Chupa flores, hija nuestra, chupa flores!») se puso a comer hombre como un antropófago cualquiera.

A medida que fué comiendo hombre, la *mariposa* fué creciendo y perdiendo el color, y así, cuando devoró el último dedo del pie derecho del contrabandista, era tan grande como él y sus alas, antes amarillas y azules, presentaban un lastimero color grisáceo.

Cansada de su festín, la *mariposa* se tumbó tripa-arriba sobre los huesos del hombre muerto. Y cuando despertó por la mañana, había vuelto a recobrar su tamaño inicial (sin

duda por efectos de la digestión) pero, sobre su tórax y sobre su abdómen, quedaron marcados, ¡para siempre!, la calavera y el esqueleto.

Entonces, como era bastante sinvergüenza la tal *mariposa*, se dedicó a aprender a silbar; y anda por ahí metiendo miedo a los extremeños de la «raya» de Portugal, con su calavera, su esqueleto y su silbido penetrante.

¡Un asco!

V

EL PICHINCHARRA

Símbolo de D. RICARDO PEREZ
«El Médico».



EL PICHINCHARRA

(Grillus nigra Gr.)

Descripción.—El *pichincharra*, vulgarmente conocido con el nombre de *grillo*, es un insecto; pero un insecto que corresponde al grupo de los *ortópteros*.

Tiene, por tanto, el *pichincharra* o *grillo* un magnífico aparato bucal masticador, un tórax, un abdomen y dos pares de alas que, en este caso, no sirven para volar, sino solamente para armar ruido.

Porque, en efecto, lo más destacable del *pichincharra* es el ruido que arma por el día y por la noche con su famoso «cri-cri-cri». Este ruido tan agradable (?) ha motivado que algunos llamen al *grillo* «canario de alcoba», por la costumbre que existe en Castilla de encerrar a los *pichincharras* en unas jaulas especiales (llamadas, por eso, «pichincharreras») que se cuelgan, con un pedazo de lechuga dentro, en las ventanas de los dormitorios.

El *pichincharra* tiene todas esas cosas que hemos dicho (masticador, tórax, abdomen, alas), lo mismo que la cabeza y las patas, de un negro reluciente. Y lo que más llama la atención cuando se le examina con detenimiento, son —aparte de sus ojos de carnero moribundo— sus alas superiores que, la gente enterada, llama élitros. Los élitros son negros también, pero menos; y en su nerviación se observan extraños dibujos que semejan letras; tanto es así, que los legos en la materia clasifican a los *pichincharras* en tres grandes grupos, a saber: a) *reyes*, si tienen dibujada, en los élitros, una «R», de rey; b) *príncipes*, si el dibujo corresponde a una «P», de París; y c) *carboneros*, si tal dibujo semeja una «C», de... ¡bueno!, de eso.

El *pichincharra*, como ya hemos dicho, se caracteriza por su canto; que no es tal, sino un «solo» de violín que hace el *grillo*, cuando está tranquilo, raspando con sus patas zague-ras (que constituyen un verdadero arco dentado) en la tersa

superficie de sus élitros. El «solo» del *pichincharra* es monorrítmico y se apaga en cuanto uno se acerca a su cueva.

El *grillo* es bastante corriente en las tierras de clima templado; se conoce en toda España y en algunas posesiones del Africa Septentrional. En los grandes ríos del Africa del Sur existe una especie gigante del *pichincharra*, que los nativos llaman «cocodrilo»; pero esta especie es poco recomendable, porque muerde.

Costumbres.—Las costumbres del *grillo* son bastante vulgares; el *grillo* busca su *grilla* (que se diferencia del macho en que no canta y tiene tres pelos, en vez de dos, en la punta de la tripa) y crea su hogar.

En este hogar —pobre, pero honrado—, que consiste en un agujero abierto entre las hierbas, la *grilla* pone sus huevos; de estos huevos salen, tiempo después, los *grillitos*. Las crías son bastante blandurrias, pequeñas y asquerosas; pero, a fuerza de comer, se ponen hechas un *grillo* y entonces buscan su pareja y... ¡vuelta a empezar!

El *pichincharra* se captura con bastante facilidad, porque le delata su monorrítmico sonido. Cuando se ha localizado su agujero, se coge una pajita delgada y, metiéndola por la boca de la cueva, se le hace cosquillas en la parte de atrás, entonces el *grillo* sale y se le mete uno en la boina. Si no saliera al cosquilleo, se hace «pis» en la cueva y entonces sale seguro, para no ahogarse.

Antes de terminar las costumbres del *pichincharra*, hemos de destacar que se trata de un bicho terriblemente guerrero, y que son frecuentes sus luchas, que solo terminan con un cadáver sobre el césped. De esta costumbre tan especial nace la conocida frase de «olla de grillos» ya que, si se meten varios en una chisma de tal clase, se arma un «guirigay» que para qué.

La leyenda.—Pensábamos transcribir dos bonitas «historias» del *pichincharra* que circulan por la Tierra de Campos; una, la referente a la caza de la *rana*, otra, la del médico que no cogía *pichincharras* porque le daban asco. Pero desistimos de hacerlo.

Y desistimos de hacerlo por dos razones fundamentales:

la primera, la de que no podemos responder de su autenticidad y, la segunda, la de que no las conocemos con todos sus detalles.

Por lo demás hay que reconocer que el *pichincharra* es un animal sin demasiada historia, pues su vida es monótona venga a cantar y a cantar. Claro es que, en su honor, hay que aclarar que es mucho mejor que la *cigarra*; porque si está

«... cantando,
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá, para su invierno»;

el *grillo* no; el *grillo* canta, pero, al propio tiempo, trabaja. Y tiene para su invierno una cantidad enorme de provisiones, gracias a las cuales puede subsistir.



VI

LA RANA

Símbolo de D. JOAQUIN OCIO
«Don Joaquín».

LA RANA

(*Ranacujus fluvialis* L.).

Descripción.—Hemos de decir, antes de que se nos olvide, que la *rana* es un batracio; o sea, un animal que lo mismo vive encima que debajo del agua. La *rana*, en efecto, lo mismo respira aire que H_2O .

La *rana*, anatómicamente estudiada, presenta una cabeza bastante grande, un cuerpo gordo y cuatro patas; de estas patas las dos delanteras son como bracitos, mientras que las dos de atrás semejan fuertes piernas de atleta. Esta desproporción tan grande entre ambos pares de extremidades (que también se da en el *canguro*) ha sido siempre nota característica del bicho que estudiamos en este capítulo.

La *rana* tiene, corrientemente, un color verde-rana, que no es verde del todo, pero se parece bastante al verde. Claro es que existen otras muchas variedades de *ranas* que no presentan este color «sui-generis»; como la «cornuda» del Tibet (rojo-plomiza) o la pequeña de «San Bernardo» (verde-prado).

Lo más destacable de la *rana* son sus ojos grandes y expresivos; el globo del ojo sale, en la *rana*, de la superficie de su piel y semejan una semi-esfera perfecta. Los tales ojos son movibles y se ha podido comprobar (Hebber, Museo de Ciencias Naturales de Leipzig), que las *ranas* pueden verse toda la espalda hasta el sitio donde debieran tener el rabo.

Las *ranas*, lo mismo que los *pichincharras*, tienen un canto monorrítmico, que, en este caso, se llama «croar». Porque suelen hacer, poco más o menos, así: «Croac, croac, croac».

Costumbres.—La *rana* es polígama; lo que quiere decir que cada *rano* suele tener, a su alrededor, de una o dos docenas de *ranas* hembras a las que fecundar, y las fecunda a toda velocidad.

La *rana* hembra es sumamente «madraza» y cuida de su prole con un esmero difícil de encontrar semejante en todo el reino animal. Como la *rana* no es vivípara, sino ovípara, pone

los huevos con muchísimo cuidado; bien en las berrañas de los ríos donde vive, bien debajo de una piedra, o bien (como en algunas especies del Brasil) en su propia espalda. Pero la *rana* no es como la *trucha* que abandona su «puesta»; no. La *rana* la cuida y se pasa el día mirando sus huevos para ver si están en perfectas condiciones. Aunque luego sea ella...

Y es ella cuando los huevos, bien crecidos, se cascan y salen las crías; entonces va la *rana* y se pega un susto mayúsculo, pues en vez de salir *ranitos*, salen unos bichos mucho más feos, sin patas y con una cola grandísima, con la que se lían a nadar. Son los *renacuajos*.

Menos mal que la *rana* tiene eso de la metamorfosis, que consiste en que se le va cayendo la cola y le salen las cuatro patas; y antes de que uno se de cuenta el *renacuajo* es tan *rana* como su mismo padre.

Cuando la *rana* es adulta se sube encima de una hoja grande que suele crecer en los ríos y se pone a «croar»; pero cuando alguien se acerca da un salto, como si estuviere en una piscina y se sumerge.

A las ranas se las captura con un trapo colorado puesto en la punta de una cuerda; no se sabe exactamente por qué razón, pero lo cierto es que pican.

La leyenda.—La mejor historia de *ranas* que conocemos, es ya vieja; pues se trata de una fábula de Esopo, escrita en su lengua vernácula.

Se refiere a una charca en que habitaban varias *ranas* (que tienen un gran sentido social) y que pidieron a voces un rey, para que las gobernara. Entonces, el «dios» a que se dirigieron les mandó un «leño», pero como éste no servía para nada, y no hacía más que flotar, se enfadaron mucho y pidieron un rey diferente.

Según la fábula el indicado «dios» les envió entonces un gran «culebrón» que se las comió a todas; y entonces, antes de morir, se dieron cuenta de lo bueno que era el otro rey flotante.

Hasta aquí la fábula; de la que es cierto algo, pero no todo. Es cierto lo de la charca, lo de la petición, lo del «leño» y hasta lo del «culebrón». Pero lo que no es exacto es que el

tal «culebrón» se comiera a las *ranas*; nada más ajeno a la realidad.

Lo ocurrido fué —y aprovechamos gustosos la oportunidad de aclarar tal tremendo error—, que el «culebrón», al sentir hambre, trató de engullirse a una de las *ranas*; pero las demás acudieron en su auxilio y el «rey» tuvo que claudicar y aceptar las condiciones que le impuso su pueblo. Desde entonces el «rey» se contenta con comer barbos y cachos, y con dictar, de vez en cuando, una Ley que sea del agrado de todas las *ranas*.

Precisamente en la verdad de lo dicho se apoya el principio de las democracias.

VII

EL PERRO

Símbolo de D. FELIX ECHEVARRIETA
«Don Félix».

EL PERRO

(*Canis vulgaris* CH).

Descripción.—No creemos que sea necesario, por de sobra conocido, describir este simpático animal; bastará, por lo tanto, con indicar que se trata de un *mamífero* carnívoro de la familia de los *canidos*; a esta misma familia pertenecen otros animales salvajes tales como el *lobo*, la *hiena* y el *chacal*. El *perro*, no obstante, apenas se trata con estos parientes suyos.

La descripción externa del *perro* resulta, por otra parte, sumamente dificultosa; ya que el *hombre* —que es el mejor amigo del *perro*— a fuerza de cruces y más cruces, ha hecho una cantidad de «razas» perrunas que ya, ya. Y así, si describiéramos al *perro* pensando en un «Terranova», por ejemplo, correríamos el peligro de que cualquier lector, poco culto, creyera que un «pekinés» no es un *perro* sino una cosa muy diferente. Y viceversa, igual.

El *perro* es animal de todas las latitudes y longitudes de nuestro Globo; lo mismo se le encuentra en los Círculos Polares, que en el Trópico o en el Ecuador; y lo mismo en la vieja Europa que en la joven América. También hay *perros* en Asia y en Oceanía. Esta enorme difusión del *perro* es debida a que se trata del animal más fiel y más inteligente, según aseguran los cazadores y los domadores de *perros*.

Costumbres.—Lo mismo que con el hábito externo de los *perros*, ocurre con sus costumbres; dependen de la «raza» a que el *canis vulgaris* pertenezca. No puede compararse, verbi-gracia, la dura brega de un *perro* «pastor», con la muelle holganza de un «basset».

Las dos únicas costumbres comunes a todas las «razas» caninas (según nos describe Pérez en su manual «Aprenda a ser perro en treinta y seis horas». Ediciones F. L. U., Barcelona, 1941), son estas: a) la de ladrar, haciendo «guau, guau»;

y b) la de mover la cola de derecha a izquierda, y luego de izquierda a derecha, muchísimas veces seguidas.

El hombre ha degenerado las antiguas costumbres del *perro*. Cuando el *perro* era *perro-perro*, es decir un carnívoro de verdad, vivía en libertad en extrañas cuevas escondidas en las recónditas montañas del cuaternario; y él mismo se buscaba su alimento matando las piezas que elegía para ello. Pero ahora no; ahora el *perro* es capaz de vestirse de «señorito» en la pista de un circo, andando sobre las patas traseras, subiendo y bajando una escalera, o columpiándose; como un asqueroso mono cualquiera.

Dice, con mucha razón, Humboldt, al efecto, que, a estos *perros* de ahora blandengues y civilizados, no debiera llamárseles *perros* sino *perricacos*. Para dejar las cosas en su punto.

La leyenda.—¡Cuán fácil nos resultaría relatar cientos y cientos de «historias» de *perros*! Historias como esa del *perro* que muere para evitar la muerte de su amo; como aquella del *perro* que evita un robo en casa de la señora que le da de comer; o como esotra del *perro* que camina decenas de kilómetros por encontrar a su dueño que se ha pasado tres años dándole palos. Historias que terminan con la misma cantinela: «El *perro* es el animal más fiel; el *perro* es el animal más fiel...»

Pero nosotros, dada la novedad de este ensayo biológico, huimos de estas «historias» fáciles para relatar, sencillamente, dos sucedidos que, por su carácter excepcional, tal vez sirvan para confirmar la regla.

El primero recoge el comportamiento de un *setter irlandés* que, lejos de «cobrar» las piezas que su amo mataba, se las comía limpiamente a medida que éste las «perdigoneaba»; el otro es el del famoso *terrier* «Boby» que, cuando fué llamado por su dueño para que atacara a dos ladrones que estaban apropiándose de su caja de caudales, en vez de arremeter contra los «cacos», la emprendió a mordiscos con su señor, dejando que aquéllos, entre fuertes risotadas, terminaran su «faena». Este *perro* se fué, más tarde con los ladrones, quienes, agradecidos a su conducta, le regalaron un reloj de pulsera.

Pero, insistimos, esto es lo anormal; lo corriente es que los *perros* sean fieles e idiotas.

VIII

EL CALANDREJO

Símbolo de D. JOSE MARIA OREJON

«Oreja grande».

EL CALANDREJO

(*Coraceus fluvialis* L.).

Descripción.—El *calandreo* o *cangrejo*, sabroso morador de nuestras aguas dulces, es un *crustáceo*; pero con esto no se concreta apenas nada. Lo primero que tenemos que concretar es, dentro de la amplia familia de los *crustáceos*, qué clase de *crustáceo* es el *calandreo*. Y diremos que el *calandreo* es el *cangrejo* por antonomasia.

No debe, por tanto, confundirse el *calandreo* con el *calamarro*; ni siquiera con el *changurro*. Y, menos aun, con la *langosta*, *langostino*, *gamba*, *cigala* o *quisquilla*. Todos estos *crustáceos* podrán tener algo de común con el *calandreo*, pero ese algo será poco; porque el *calandreo* —he ahí su nota característica— vive en los ríos y no en los mares.

El *calandreo* o *cangrejo* de río, tiene la cabeza y el cuerpo formando un todo; tiene, también, una cola que le sirve para moverse rápidamente; y tiene, por último, algo así como diez o doce patas, de las cuales, las de adelante, terminan en tenazas. Todo él se halla recubierto de un tegumento quitinoso sumamente duro, y en su cabeza se encuentran dos largas antenas y unos ojos muy extraños que son como dos bolitas movibles colocadas en la punta de un palo.

El *calandreo* —pese a la absurda creencia de los gastrónomos— no es «encarnado», sino de un color gris oscuro algo verduzco.

Es animal sumamente voraz y sumamente comestible. Y es abundante en nuestra Península, en especial en los ríos de la provincia de Burgos.

El *calandreo* no se cría en cautividad.

Costumbres.—Son las propias de todo buen *crustáceo*. Vive en los ríos, entre el cieno y las berrañas, en unas cuevas que fabrica en sus márgenes. A eso del anochecer, el *calandreo* sale de su madriguera y camina lentamente por el fondo de los ríos, o se desplaza rápidamente con bruscas contraccio-

nes de su cola, bien en busca de su alimento (bichos muertos, piltrafas, etc.), bien en busca de una *calandreja* joven de quien enamorarse.

Cuando el *calandrejo* se enamora, se pone como bobo y se lleva a la *calandreja* a una nueva cueva que abre en la margen del río; así crea su hogar. A la *calandreja* hace, en seguida, cientos de huevos que, ella, esconde púdicamente debajo de su cola. De estos huevos saldrán, en su día, *calandrejitos* que perpetuarán la especie.

El *calandrejo*, como ya hemos indicado, es muy voraz; y de ello se valen los pescadores para su captura. Los procedimientos empleados para ella son muy variados; se emplea la mano, la linterna, la caña, el aro y, sobre todos los demás medios, el «retel» o «ratel».

El «retel» es un chisme así de grande, que consiste en un círculo de hierro con una red en el centro, en la que se coloca, atada, una porquería cualquiera. El «retel» se coloca en el fondo del río por medio de una larga cuerda, y, cuando el *calandrejo* está comiendo tranquilamente la piltrafa, se saca rápidamente el «retel» y se mete al bicho en un saco. Luego se cuece o se vende.

La leyenda.—Por su marcado carácter sentimental, vamos a relatar una bonita historia: la del *calandrejo-langosta*, cuya acción se desarrolla en una familia de estos *crustáceos* que tenía instalada su cueva en el río Arlanza.

Una de las crías de esta familia demostró, desde la infancia, extrañas aficiones. No salía al atardecer a pasear ni a cortejar a las *calandrejas*, sino que se pasaba las horas muertas apoyado, con aire soñador, en una piedra cubierta de berrañas. Aquel *calandrejito* soñaba con el mar.

Y un buen día, cuando sus padres dormían, dejó una nota escrita y, cogiendo su exiguo equipaje, se lanzó a la ventura. Paso a paso recorrió, aguas abajo, el Arlanza, hasta alcanzar el Duero; y del Duero, cruzando Portugal, llegó al Atlántico.

Este *calandrejo* estuvo a las puertas de la muerte, porque el agua salada no le sentó nada bien; pero pudo rehacerse y se adentró en el Océano. Poco se sabe de sus andanzas en los

dos primeros años de su vida salada; pero se le localiza más tarde formando parte de una familia de *langostas* que le recibió afablemente, e incluso le dió en matrimonio a una de sus hijas más hermosas.

Pero el *calandrejo* no fué feliz allí; pensando en su río, aquella soledad marina le parecía aburridísima. Y otro día, lo mismo que hizo antes, dejó un papel a su esposa y empezó a desandar los ríos que había andado. Muchos meses después llegaba a su antiguo hogar.

El *calandrejo* no halló allí lo que esperaba; sus padres habían sido pescados y sus hermanos no le reconocieron como tal. Por otra parte, los vecinos de la zona le hicieron el vacío, diciendo que tenía «pinta» de *langosta*.

Por todas estas razones, aquel *calandrejo*, que conocía el mar y sus peces, tuvo que vivir solo y abandonado; hasta que un día se suicidó colocándose en un «retel».

¡Para que luego digan que los viajes ilustran tanto y cuanto!

IX

EL INSPECTOR

Símbolo de D. JUAN JOSE SALCEDO
«El Perrito».

EL INSPECTOR

(Homo inspectoris B).

Descripción.—El *Inspector* es un bípedo implume de la familia del *Homo Sapiens*. Tiene, por lo tanto, como todo hombre, piernas, brazos, cuerpo y cabeza; pero se diferencia de los demás seres humanos en que su cabeza termina en una gorra de plato descolorida y con galones.

El *Inspector* es un mamífero sumamente antiguo, pues ya se conoce en las civilizaciones romana y griega, si bien entonces tocaba su cabeza no con la gorra actual sino con un extraño casco en el que se destacaba la roja «I» del *Inspector*.

En la actualidad el *Inspector* está muy difundido por toda la superficie de la Tierra; y, únicamente en los pueblos primitivos (zulúes o patagones) se desconoce esta especie de molesto plantígrado.

Las variedades del *Inspector* son infinitas; los hay de carreteras (*H. inspectoris viæ*), de ríos (*H. inspectoris fluvialis*), de hacienda (*H. inspectoris financiae*), de tasas (*H. inspectoris fatalitas*), etc., etc. Se trata de una especie que se multiplica constantemente y puede decirse, sin temor a equivocaciones graves, que su exterminación es casi imposible.

Costumbres.—Las costumbres del *Inspector* varían según las horas del día en que se mueve; y así, durante las dieciséis que no se dedica a la caza sino a la holganza, sus hábitos son totalmente semejantes a los del *hombre*. Es decir, que el *Inspector* come, vive, se enamora y procrea como usted o como yo. Su vida, por tanto, en estas horas no merece la pena de un estudio especial.

Pero las ocho horas restantes del *Inspector* son cosa diferente; son sus horas de caza. El objeto de la caza del *Inspector* son los propios seres humanos, a los que sorprende en los más insignificantes o trascendentales momentos de su vida, ya sea pescando una trucha para su sustento, ya sea vendiendo de estraperlo siete toneladas de garbanzos.

2 Tams
24-
6000

La forma de cazar del *Inspector* es sumamente curiosa. No emplea, por lo general, armas de fuego y su arma habitual es un lapicero todo carroño y una libreta arrugada que suele sacar del bolsillo trasero de su pantalón. Cuando sorprende a su víctima, ésta, sugestionada por el extraño poder del *Inspector*, queda a su merced como un indefenso pajarillo ante la insinuante mirada de una boa constrictor. Entonces el *Inspector* saca el lapicero y sobre la libreta apunta unas extrañas cosas, entregando un trozo de papel a su víctima.

Esta víctima ve con horror, días después, llegar a su casa —o a su negocio— una o varias «crías» de *Inspector*, que suelen llamarse agentes o recaudadores, y le hacen polvo.

Se han inventado varios procedimientos para eludir la acción del *Inspector*; pero podemos asegurar que, salvo contadas excepciones, no sirven para nada.

La leyenda.—Casi todas las historias de *Inspectores* son tenebrosas; por ello no podemos publicarlas en este trabajo que queremos que esté al alcance de todo lector por ingénuo que sea.

Eso nos mueve a relatar solamente una muy curiosa que refleja, por otra parte, la idiosincrasia de esta variedad del *Homo Sapiens*; se relaciona con un *Inspector* que aún vive y al que, por ello, le designaremos con el nombre ficticio de *Tiburcio*.

Este *Inspector* —de campos y jardines— lo era tanto, tanto que, un mal día, se cazó a sí mismo en el momento en que, distraídamente, cortaba una rosa del jardín que cuidaba; el motivo del corte fué el paso de una gachí chata y morenaza que estaba «barbi».

Tiburcio, nada más llegar a su casa y aun dentro de las ocho horas de trabajo, se puso frente a un espejo y, mirando fijamente a su imagen, le alargó el consabido «boleto»; la imagen lo recogió sin decir nada y tuvo que pagar una multa de cinco duros, con recargos y todo.

La Superioridad (que es la madre de los *Inspectores*), enterada del comportamiento de *Tiburcio*, se emocionó muchísimo y le nombró Fiscal de Tasas.

Y *Tiburcio* sigue todavía ahí: tan ricamente.

